



OCTUBRE DE 1973

Inolvidable

Roberto Clemente

Su muerte en un accidente de aviación significó una pérdida triple: para Puerto Rico, pues era un héroe nacional; para el deporte, porque era una superestrella del béisbol; y para el mundo entero, porque fue un hombre bondadoso y compasivo.

POR MARÍA ISABEL CÁCERES

El 31 de diciembre de 1972 Puerto Rico celebraba la ocasión con sus tradicionales bailes callejeros, fuegos de artificio, y alegre música hispanoamericana. Yo pasé la noche en casa de mi madre, en la población de Carolina. A eso de la 5 de la madrugada me despertó alguien que tocaba a la puerta. Creí al principio que serían amigos dedicados a prolongar la celebración del año nuevo. Pero resultó ser un muchacho de la farmacia del lugar, donde trabajo por las tardes. Muy contristado, me dijo: -Corre el rumor de que se ha perdido el avión de Roberto.

Me sentí demasiado aturdida para poder contestar. Torpemente, sin darle crédito conecté la radio y escuchamos todos la noticia de que el avión del vuelo organizado por Roberto Clemente para llevar auxilios a las víctimas del terremoto de Nicaragua se había precipitado en el mar.

Mientras esperaba contra toda esperanza, diciéndome que Roberto era un ducho nadador, me engolfaba en los recuerdos del hombre que había yo visto crecer, desde que era un muchacho tímido, y llegar a ser uno de los más grandes peloteros de nuestro tiempo. Parecía tan invencible en el campo

de béisbol e hizo tanto en favor de otros que me resultaba inconcebible la desaparición del héroe nacional de Puerto Rico.

Mi primer recuerdo de Roberto es de un adolescente muy delgado que lanzaba latas vacías pegándoles con un palo de escoba por las polvorientas calles de Carolina. Su padre trabajaba en una hacienda cañera, fuera de la población, y Roberto y sus tres hermanos crecieron jugando siempre a la pelota. Me acuerdo con claridad especial del primer día que asistió a la escuela de segunda enseñanza de Carolina, donde yo enseñaba historia y educación física. Permitía entonces a mis alumnos que escogieran asiento en las clases y Roberto ocupó uno muy poco visible, en la última fila del salón. Cuando me dirigía a él, contestaba a media voz, sin levantar la vista. No obstante su timidez y tristeza de su mirada, había en él algo que atraía. Posteriormente solía visitarme en mi casa algunas veces, y entonces poníamos algunos discos de fonógrafo que le agradaban. Le gustaba escuchar especialmente las danzas tradicionales de Puerto Rico.

Sin embargo, en las actividades atléticas aquel muchacho delicado y tímido se transformaba en un competidor tenaz. Era magnífico en el salto de altura y en arrojar la jabalina, y bateaba pelotas blandas lanzándolas a distancias enormes. Mi ex marido, Roberto Marín, y otro entrenador, Juan Pérez, no tardaron en descubrir las extraordinarias facultades del jovencito y lo pusieron a jugar en el equipo de aficionados de béisbol llamado Sello Rojo.

Dominando el oficio. Después de una sola temporada, Roberto se pasó a los Crabbers de Santurce, en donde muchas estrellas reconocidas de las Ligas Mayores de los Estados Unidos juegan pelota en invierno. Los Crabbers contrataron a Clemente, que entonces tenía 17 años, pero no lo pusieron a jugar inmediatamente porque no lograba pegarle a las bolas bajas con curva hacia afuera. Estuvo practicando hasta que logró vencer esa dificultad y por último pasó a formar parte de la línea de bateadores. Después de tres buenas temporadas con el equipo de Santurce, Roberto fue seleccionado por los Piratas de Pittsburgh en la conscripción de jugadores de 1954.

Aunque los Piratas habían terminado en el último lugar de su Liga durante tres años consecutivos, el nuevo jugador de Puerto Rico, de 20 años de edad, no tardó en ayudarles a mejorar de posición. Encantados por su manera de batear, los fanáticos del equipo de Pittsburgh gritaban “¡Arriba!” siempre que Roberto iba al bate. Colocándose muy atrás de la goma, con la cabeza bamboleante, como un gallo, solía darle a cualquier bola. En un juego, cuando tres lanzadores diferentes de los Rojos de Cincinnati trataron de lanzarle por adentro, por en medio y después por afuera, Roberto conectó tres

cuadrangulares. También era un outfielder o “jardinero” con soberbia coordinación, y era quizá el que poseía mejor brazo par doblar. (Tenia manos tan fuertes que doblaba clavos con ellas.)

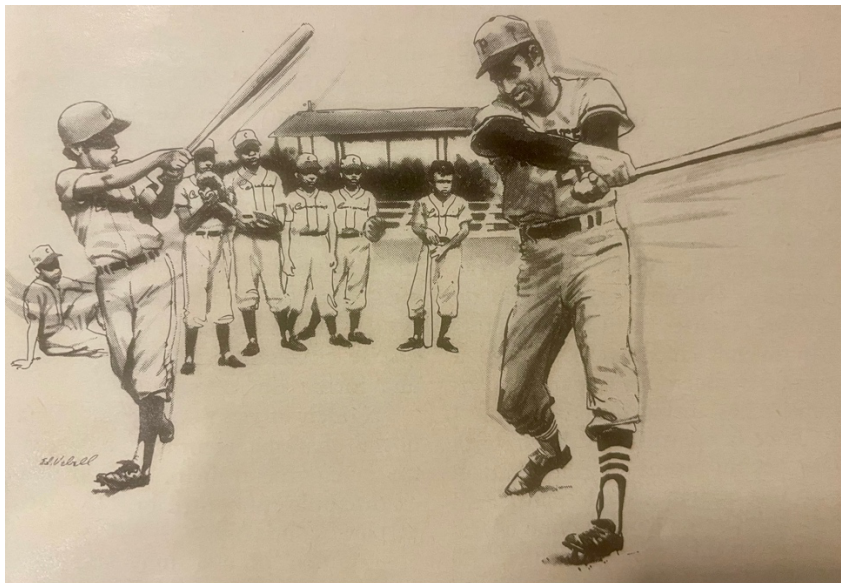
Nervioso y insomne, sufría también por su forma de jugar, pues se entregaba en cuerpo y alma al juego. En una ocasión fue necesario que le hicieran 12 suturas en el mentón después que se lanzó hacia las gradas en busca de una bola. Sufrió innumerables accidentes más: huesos astillados, coágulos sanguíneos, lesión de discos. Se lastimaba con tanta frecuencia que le hacían burla llamándole hipocondriaco, lo que a él le molestaba mucho. En una ocasión Juan Pérez, su antiguo entrenador de Carolina, bromeó con él en una fiesta a costa de su espalda crónicamente adolorida, y Clemente se quitó en el acto la camisa e hizo que Pérez le pasara los dedos sobre las vertebras dañadas e su artrítica columna vertebral.

Pero cuantas mas lesiones padecía Roberto, tanto mejor jugaba. A los seis años de haber sido contratado por los Piratas, éstos derrotaron a los Yankis de Nueva York en la Serie Mundial de 1960, en la que desempeño un papel principal para la obtención del triunfo. Danny Murtaugh, que se año había sido el director de Roberto, lo llamó “el jugador más grande que jamás me he encontrado”.

Un hombre compasivo. Aunque no era accesible a cualquiera, una vez que Roberto intimaba con alguien, se convertía en el más cordial de los amigos. Por ejemplo, cuando algunos de sus conocidos de Puerto Rico se establecieron en Pittsburgo, les ayudo a encontrar empleo y vivienda. Convencido de que los deportes contribuyen a formar buenos ciudadanos, prodigaba tiempo y dinero para ayudar a los muchachos aficionados al béisbol.

Tuve la oportunidad de comprobar por mí misma su gran bondad. En una ocasión, cuando padecía yo de un dolor de espalda, vino a visitarme en mi casa de Carolina. “La voy a llevar a que la vea un médico”, me dijo. Me subió en brazos hasta su automóvil y me condujo en él a San Juan para que me examinara su médico. Lo repitió 15 días consecutivos, has que sané. Cuando pregunté al facultativo cuanto le debía, me respondió: “Nada. Eso ya esta pagado”.

Todos los años, cuando Roberto regresaba a la isla para pasar en ella invierno, solía presentarse en nuestra escuela de segunda enseñanza para asistir a un día de pista y campo organizado en su honor. “¿Cómo esta mi maestra?” me preguntaba sonriente. “Usted nunca envejece”. Después recorría en su automóvil toda la isla. “Me gusta reunir a los muchachos”, decía, “y comentar con ellos la importancia de los deportes, de ser un buen ciudadano, de respetar a los padres”.



Su sueño dorado era construir un Ciudad de los Deportes en las contara gratuitamente la juventud de Puerto Rico con las mejores instalaciones y los mejores entrenadores. “Aquí gastan muchos millones de dólares en combatiré el trafico de drogas”, dijo en una ocasión, “pero se enfrentan al problema después que ha aparecido. Debemos ayudar a los muchachos antes de que envicien, y los deportes son una forma de lograrlo”.

¿Quién es esa muchacha?” Una noche charlaba conmigo en la farmacia en que trabajo, cuando una ex discípula mía entreabrió la puerta para saludarme.

– ¿Quien es esa muchacha tan bonita? – me preguntó Roberto.

– Es Vera Cristiana Zabala – respondí-. Y no sólo es bonita, sino también muy inteligente.

Roberto se fue tras la chica y se presento a si mismo. “Acabo de conocer a mi futura esposa”, le dijo a un amigo suyo esa misma noche. Y al poco tiempo asistí a la boda de Roberto y Vera en la iglesia de San Fernando, en Carolina. ¡Que magnifica pareja formaban!

Casado ya y criando una familia, Roberto siguió avante con su carrera de béisbol, y su sueldo llegó a sumar 150,000 dólares por temporada. Mis alumnos observaban su carrera con mucho entusiasmo, y me tomaban el pelo si, por excepción, Clemente rendía poco o se quejaba de alguna lesión. “¿Otra vez con dolor de espalda?” preguntaban, riéndose, sabedores de mi especial predilección por él.

Aunque en el campo de juego actuaba con apasionada intensidad, fuera de el le encantaba contar chistes, especialmente a costa de si mismo. Con frecuencia recordaba él día en que llevó a su padre, que nada sabia de béisbol, a su primer juego. Aquel día los compañeros de equipo de Roberto fueron fácilmente puertos fuera. Por último, Clemente conectó un home-run o cuadrangular y recorrió rápidamente las almohadillas hasta llegar a la goma. “¡No es extraño que te cantes tanto!” le dijo después su padre. “Los otros jugadores van solo a li primera base y después vuelven al paso hacia la covacha. Tú, en cambio, corres todas las bases”. Al contar esto Roberto se desternillaba de risa.

El momento supremo. En 1971 los residentes puertorriqueños en Nueva York organizaron una fiesta en honor de Roberto, en el Estadio Shea. Presencie entonces jugar ante 44,000 espectadores a mi antiguo alumno, al muchacho que años atrás había yo visto pegar a las latas vacías con un palo de escoba. ¡Ese fue el momento mas memorable de mi vida!

Unas cuantas semanas después Roberto condujo a los Piratas a su victoria sobre los Orioles de Baltimore, que eran los favoritos en las Serie Mundial, conectando un cuadrangular con el que obtuvo la carrera decisiva en un juego de 2 a 1. Cuando fue entrevistado posteriormente por los reporteros de la televisión, pidió permiso para dirigir un saludo a sus padres, que estaban en Puerto Rico. “En este momento, el más feliz de mi vida, les pido su bendición” rogó con su humildad característica.

Un club nocturno de Las Vegas le ofreció 20,000 dólares pro presentarse allí durante una semana, pero Roberto rechazo la oferta para poder pasar con su familia, Esposo y padre consagrado a su hogar, solía telefonar a su esposa todas las noches cuando viajaba con su equipo. Nunca se sentía mas feliz que cuando se hallaba con su mujer y sus tres hijos; sin embargo, su fama fie creciendo y no dispuso ya de tanto tiempo como él hubiese querido para dedicarlo a su familia. Constantemente le llovían solicitudes de visitar hospitales, participar en programas cívicos y pronunciar discursos. Hablaba entonces de las oportunidades que tienen aquellos que se esfuerzan en aprovecharlas.

En diciembre del ano pasado, cuando ocurrió el terrible terremoto en Managua, Roberto se sintió especialmente conmovido. Había sido el director del equipo puertorriqueño que acababa de jugar en ese país en la Serie Mundial de béisbol de aficionados y había hecho muy buenos amigos en Nicaragua. Le pidieron que encabezar una campana de ayuda a los victimas del terremoto y el acepto con su entusiasmo acostumbrado

Con llamadas por la radio y de puerta en puerta, en los barrios prósperos, Robert y sus colaboradores reunieron alrededor de 150,000 dólares en efectivo y varias toneladas de alimentos, ropas y medicinas. Clemente ayudo a cargar un avión DC-7 contratado especialmente, y en los últimos momentos decidió hacer el viaje él mismo para cerciorarse de que los suministros llegaran a los nicaragüenses que los necesitaran.

AL SALIR el Sol sobre el resplandeciente mar Caribe, mis vívidos recuerdos de Roberto fueron cruelmente interrumpidos por la confirmación, transmitida por radio, de que su avión efectivamente había desaparecido en el mar y se había perdido toda esperanza. Puerto Rico entero quedo sumido en la tristeza. El gobernador Luis Ferré decretó tres días de luto y Rafael Hernández Colón, el gobernador electo, que debía tomar posesión de su cargo el 2 de enero, canceló todas actividades sociales relacionadas con la transmisión de poderes. La gente retiró los adornos festivos y sustituyó por crespones negros. Las estaciones de radio difundieron las danzas tradicionales que tanto gustaban a Roberto.

Asistí a la misa de difuntos en la misma iglesia de Carolina donde había asistido a su boda ocho años antes. Roberto nos había dejado mucho que recordar. Durante los 18 años que jugó con los Piratas ganó cuatro campeonatos de bateo de la Liga y el premio concedido al mejor jugador. Su promedio de bateo durante su carrera fue de .317; el más alto de todos activos con diez o más años en las Ligas Mayores, ganó 12 veces* el Guante de Oro por su excelente fildeo y su marca de 3000 *hits* fue una hazaña igualada solo por otros diez jugadores en toda la historia del béisbol. No obstante, siguió siendo un hombre humilde, compasivo, preocupado por los problemas de los demás.

Roberto parece haber logrado en la muerte aquello que no pudo realizar en vida: su sueño de una Ciudad de los Deportes para jóvenes puertorriqueños. El Fondo Clemente, constituido después de su trágica muerte con el objeto de llevar a cabo sus planes, asciende ya a más de 500,000 dólares (mas de 200,000 donados por los fanáticos del béisbol), y sigue aumentando. Así pues, aunque Roberto ya se ha ido, sigue ayudando a sus semejantes.

*El 20 de marzo de 1973 la Asociación de Cronistas de Béisbol eligió a Clemente para que figurara en el Salón de la Fama, haciendo caso omiso del período de cinco años que ordinariamente debe transcurrir entre el fin de la carrera activa de un jugador profesional y su candidatura a dicho Salón.